

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

S.A.I. Catedral, 6 de Enero de 2019

Queridos hermanos:

El evangelio de san Mateo nos ha transmitido el relato de la adoración de los Magos de Oriente que, guiados por una estrella, llegaron a Belén para postrarse ante Jesús a quien buscaban. La actitud de los Magos nos revela que el hombre no puede evadirse de la curiosidad que le suscita la creación, el universo y el propio hombre. Es connatural al ser humano el deseo de saber, de preguntar, de alcanzar la Verdad. La ciencia y la tecnología así como el arte y la filosofía son expresiones humanas de ese deseo de buscar una explicación a todo lo que existe a nuestro alrededor. En la Palabra de Dios encontramos multitud de preguntas que el hombre hace a Dios, el creador y señor de todo el universo. Dios nos ha revelado el Misterio en su Hijo Jesucristo, como nos dice el apóstol san Pablo en la Carta a los Colosenses: "(Cristo) es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura porque por medio de él fueron creadas todas las cosas, celestes y terrestres, visibles e invisibles, tronos dominaciones, principados y potestades, todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo y todo se mantiene en él" (Col 1, 15-18).

La búsqueda de la verdad de todo lo creado no puede caminar en paralelo o en sentido contrario a la Verdad última que es Dios. No, ciencia y religión deben caminar unidas respetándose mutuamente. No hay contradicción ni debiera haberla entre ser científico y creyente, ser artista y confesar la fe, ser filósofo y adorar el Misterio de Dios. El pensamiento dominante hoy en la sociedad, esclavo de un reduccionismo científico decimonónico excluyente, ignora la dimensión trascendente de la existencia humana y del universo. Considera que Dios, el Misterio, la trascendencia, la vida espiritual nada tiene que ver con el método científico que se basa en la experimentación. Es más, se considera una persona sospechosa a quien no prescinde de la fe en la investigación científica porque parte de principios falsos que contaminan el método científico.

Esta posición intelectual de extremo radicalismo científico deja al margen del saber humano todo lo referido al misterio de Dios, al misterio del hombre y al enigma de la vida después de la muerte. Estas cuestiones trascendentales para el sentido de la vida del hombre y de la sociedad no se someten al método científico de la experimentación y, por tanto, deben ser ignoradas y, en su caso, expulsadas de la búsqueda de la verdad de las cosas. Esta es la razón por la que se relega la presencia del conocimiento religioso en las escuelas y universidades o la presencia de los ministros religiosos en los hospitales y comités de ética. Según esta teoría la religión es sospechosa de falsedad y, por tanto, no tiene cabida en el ámbito cultural y social en una sociedad libre, científica y posmoderna. Quienes defienden estos principios no se dan cuenta que quien se acerca a desentrañar los misterios de la creación desde una perspectiva no creyente, se acerca partiendo desde un acto de fe de que no existe una realidad que trasciende el universo.

La ciencia y la religión, la filosofía y la teología, el arte y la liturgia cuando caminan juntas respetando cada una su propia autonomía y método de conocimiento, producen grandes avances en el saber humano. Uno de los científicos más prestigiosos del siglo pasado A. Einstein describía con esta parábola la relación entre la ciencia y la fe en Dios: “Somos como un muchachito que entra en una biblioteca inmensa cuyas paredes están cubiertas de libros escritos en muchas lenguas distintas. El niño entiende que alguien ha de haberlos escrito, pero no sabe ni quién ni cómo. Tampoco comprende los idiomas. Pero observa un orden claro en su clasificación, un plan misterioso que se les escapa, pero que sospecha vagamente. Esa es en mi opinión la actitud de la mente humana frente a Dios” (Entrevista de G.S. Viereck publicada en su libro *Glimpses of the Grat*, 1930).

La ciencia es necesaria y el desarrollo tecnológico también. La persecución a los científicos que existió en otro tiempo fruto de una interpretación fundamentalista de la Biblia o en el caso de los musulmanes del Corán, ha sido y es un craso error. La Biblia no es un libro de ciencia ni de historia, sino la revelación del Misterio de Dios. Hoy puede suceder que la ciencia y la técnica quieran imponer un único modo de ver y explicar el hombre y el universo sin tener en cuenta la trascendencia del propio universo y del hombre. Es muy necesario volver al espíritu que manifiestan los Magos de Oriente. Ellos como científicos observaban y explicaban según su entender el universo. Su conocimiento y su mente siempre dejaban la puerta abierta para las últimas preguntas: quién hizo todo esto, quién lo sostiene, qué sentido tiene todo lo que existe. La pregunta por Dios siempre estará al final de toda investigación científica si realmente quiere ser una investigación integral y completa.

Creo que a los científicos no les debe ruborizar hablar de la trascendencia, del misterio que todo lo envuelve y de la ética. A los creyentes y a los teólogos no nos puede dejar de interesar cómo fue creado todo lo que existe, cómo han evolucionado las especies, cómo es el universo y el hombre en su materialidad. Animo a los jóvenes universitarios cristianos a que no dejen de plantearse en serio estas cuestiones y a darles una respuesta personal, no sólo la que convencionalmente se viene repitiendo influida por el cientifismo extremo. La pérdida de la fe y de la práctica religiosa de las jóvenes generaciones tiene mucho que ver con no obtener una adecuada respuesta desde la fe a las preguntas que el hombre científico se hace desde la observación del cosmos y del microcosmos. He conocido amigos, catequistas y hasta familiares que eran fervientes cristianos; al llegar a la universidad aceptaron acríticamente los postulados del método científico como único método para explicar la existencia humana y el universo. ¡Qué gran regalo de Reyes sería para estos hermanos la recuperación de la experiencia de fe desde el conocimiento científico! Edhit Stein, Santa Teresa Benedicta, judía y filósofa del siglo pasado, es un claro ejemplo de cómo el que busca la verdad la encuentra plenamente en Dios.

Al comenzar nuevo Año solemos hacer propósitos para ser mejores personas. Propongo que todos nos preocupemos por acudir a grupos de formación

que nos ayuden a dar respuesta desde la fe a las preguntas que nos sugiere la contemplación del hombre y del universo.

Que la Virgen María, sede de la Sabiduría, nos anime a caminar por las sendas del saber buscando la Verdad y el Bien.

† Juan Antonio, obispo de Astorga